

**LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y
Humanidades, Asunción, Paraguay**

ISSN en línea: 2789-3855, 2026

Vilcashuamán durante el conflicto armado interno entre Sendero Luminoso y el Estado peruano: Análisis histórico desde la memoria y violencia

Vilcashuamán during the internal armed conflict between Sendero
Luminoso and the Peruvian State: Historical analysis from memory
and violence

Freddy Taboada Palacios

freddyxtp@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-0103-5638>

Universidad Nacional de San Cristóbal de
Huamanga. Colegio de Alto Rendimiento de
Ayacucho
Ayacucho – Perú

DOI: <https://doi.org/10.56712/latam.v7i1.5244>


Redilat
Red de Investigadores
Latinoamericanos

 **LATAM**

Revista Latinoamericana de
Ciencias Sociales y Humanidades

Artículo recibido: 22 de septiembre de 2025
Aceptado para publicación: 27 de enero de 2026.
Conflictos de Interés: Ninguno que declarar.

VOLUMEN VII

DOI: <https://doi.org/10.56712/latam.v7i1.5244>

Vilcashuamán durante el conflicto armado interno entre Sendero Luminoso y el Estado peruano: Análisis histórico desde la memoria y violencia

Vilcashuamán during the internal armed conflict between Sendero Luminoso and the Peruvian State: Historical analysis from memory and violence

Freddy Taboada Palacios

freddyxtp@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-0103-5638>

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Colegio de Alto Rendimiento de Ayacucho
Ayacucho – Perú

Artículo recibido: 23 de septiembre de 2026. Aceptado para publicación: 27 de enero de 2026.
Conflictos de Interés: Ninguno que declarar.

Resumen

Este artículo examina el conflicto armado interno enfocado en Vilcashuamán, una de las provincias más afectadas durante la violencia política en Perú entre los años 1980 y 2000. Las comunidades en Vilcashuamán fueron tratadas injustamente durante mucho tiempo y no tenían los mismos derechos que otros. Esto los hizo vulnerables a las acciones del Sendero Luminoso, también sufrieron por la dura respuesta del gobierno que fue desmedida. En estos sectores rurales, el Estado tenía escasa presencia. Esto, combinado con el hecho de que hubo personas con mayor concentración de tierras y otras que eran muy pobres, hizo que Sendero Luminoso se extendiera con relativa facilidad. En su respuesta el Estado no distinguió con claridad entre los grupos armados y civiles. Las comunidades se organizaron en rondas campesinas para defenderse de ambos grupos siendo esta una forma de resistencia por lo que el Estado incorporó en su lucha contra el Sendero Luminoso. Este artículo estudia las dinámicas de la violencia, así como las respuestas de las comunidades y cómo recuerdan lo ocurrido luego del conflicto. Además, destaca las maneras de la reconstrucción de la vida social y cultural mediante rituales para recordar y crear una memoria compartida y colectiva y de esa manera, pueden exigir justicia. Aunque se han hecho esfuerzos para reparar el daño material, las políticas públicas no han sido suficientes para arreglar todo de manera integral. Este estudio propone una reflexión sobre la importancia de la memoria histórica y la justicia transicional para la reconciliación nacional.

Palabras clave: conflicto armado interno, Vilcashuamán, Sendero Luminoso, memoria histórica, justicia transicional

Abstract

This article examines the internal armed conflict in Vilcashuamán, one of the provinces most affected by the political violence in Peru between 1980 and 2000. The communities in Vilcashuamán were long treated unfairly and did not have the same rights as others. This made them vulnerable to the actions of Shining Path (SL), and they also suffered from the government's harsh and disproportionate response. In these rural areas, the state had a limited presence. This, combined with the fact that some people had greater land ownership than others, allowed Shining Path to spread with relative ease. In

its response, the State did not clearly distinguish between armed groups and civilians. Communities organized themselves into peasant patrols to defend themselves against both groups, a form of resistance that the State incorporated into its fight against Shining Path. This article studies the dynamics of the violence, as well as the communities' responses and how they remember what happened after the conflict. It also highlights the ways in which social and cultural life was reconstructed through rituals to remember and create a shared and collective memory, enabling them to demand justice. Although efforts have been made to repair material damage, public policies have not been sufficient to address everything comprehensively. This study proposes a reflection on the importance of historical memory and transitional justice for national reconciliation.

Keywords: internal armed conflict, Vilcashuamán, Shining Path, historical memory, transitional justice

Todo el contenido de LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades, publicado en este sitio está disponibles bajo Licencia Creative Commons. 

Cómo citar: Taboada Palacios, F. (2026). Vilcashuamán durante el conflicto armado interno entre Sendero Luminoso y el Estado peruano: Análisis histórico desde la memoria y violencia. *LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades* 7 (1), 212 – 221.
<https://doi.org/10.56712/latam.v7i1.5244>

INTRODUCCIÓN

El Perú vivió un conflicto armado interno muy violento desde 1980 hasta el cambio de milenio. Siendo uno de los episodios más difíciles y traumáticos en la historia reciente del país. Vilcashuamán, que es una provincia en el departamento de Ayacucho en la región andina, fue uno de los lugares más golpeados debido a la violencia de este conflicto. En los años de enfrentamiento, las comunidades campesinas de Vilcashuamán se vieron envueltas en la violencia. Esto fue debido a las acciones del Sendero Luminoso y del Estado. La violencia no solo fue una lucha armada, sino también una guerra que cambió la forma en que la gente se relacionaba y se veía a sí misma. Esto afectó a las comunidades rurales de diversas maneras, cambiando quién tenía el poder y cómo la gente interactuaba entre sí. La identidad cultural de estas comunidades también se vio muy afectada.

Vilcashuamán, al igual que muchas otras provincias de la sierra peruana, sufrió en los últimos siglos la exclusión en varios aspectos. Esto incluye la exclusión social, la exclusión económica y la exclusión política. Todo esto creó un escenario muy propicio para la expansión del Sendero Luminoso. La propiedad de la tierra estaba en manos de muy pocos dueños, lo que significaba que la mayoría de la gente no tenía acceso a ella. Además, la pobreza era un problema muy grande y las comunidades rurales no tenían acceso a servicios básicos como la educación y la salud. Todo esto hizo que las personas que vivían en áreas rurales tuvieran que vivir en condiciones paupérrimas.

En este contexto de mucha desigualdad, el Sendero Luminoso encontró aceptación y apoyo entre los sectores rurales que estaban descontentos con el Estado y con las estructuras de poder que habían existido durante mucho tiempo. La ideología radical de Sendero Luminoso, que prometía una revolución profunda y la lucha contra el "enemigo opresor", resonó en las comunidades campesinas que veían en el movimiento una salida a su situación de injusticia.

Por otro lado, la respuesta del Estado peruano a la creciente insurgencia fue principalmente militar. El gobierno de Fernando Belaúnde Terry (1980-1985) y, posteriormente, el de Alan García (1985-1990) implementaron políticas de "pacificación" que, lejos de proteger a la población civil, generaron una violencia sistemática por parte de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional. En Vilcashuamán, como en otras regiones afectadas por el conflicto, las comunidades del campo sufrieron ataques del ejército sin distinción, detenciones sin motivo y asesinatos fuera de la ley. En vez de considerar a las personas del campo como víctimas del conflicto, se las trataba como si fueran culpables de ayudar a los rebeldes, lo que hizo que la violencia continuara y dejara heridas muy profundas.

A pesar de la violencia del Estado y la insurgencia, las comunidades campesinas de Vilcashuamán no se limitaron a ser víctimas pasivas. Organizaciones de autodefensa, conocidas como rondas campesinas, surgieron como una respuesta espontánea para proteger a las comunidades de ambos bandos del conflicto. Estas rondas, que inicialmente fueron autónomas y locales, se convirtieron en actores fundamentales en la lucha por la supervivencia, desarrollando una forma de resistencia que fue vital para la protección de la población civil. La participación activa de las comunidades en la resistencia no solo fue una forma de supervivencia, sino también de recuperación de su dignidad, aunque las rondas también fueron absorbidas por el aparato estatal como parte de la estrategia contrainsurgente.

El conflicto en Vilcashuamán tuvo un impacto muy grande en la región. La gente se vio obligada a abandonar sus hogares, las comunidades fueron destruidas y muchas personas jóvenes y adultas desaparecieron. Esto afectó mucho el desarrollo de la provincia. Aun así, las comunidades han podido reconstruirse y han mantenido vivas sus tradiciones y formas de organizarse. La memoria histórica, construida a través de relatos orales, rituales de conmemoración y sitios de memoria en honor a las víctimas, ha jugado un papel central en este proceso de reconstrucción social.

En este artículo se exploran las causas estructurales del conflicto, la dinámica de la violencia en Vilcashuamán, las respuestas de las comunidades y los procesos de memoria y reparación post-conflicto. Además, se reflexiona sobre las implicaciones de la justicia transicional y la necesidad de una reparación integral que no solo contemple aspectos materiales, sino también simbólicos, culturales y emocionales. A través de este análisis, se pretende entender cómo la memoria y la justicia son elementos clave para la reconciliación nacional y la construcción de una paz duradera.

DESARROLLO

La provincia de Vilcashuamán tuvo gran preeminencia en la época de los incas y virreinal, debido a que fue un centro administrativo y zona estratégica tanto para los incas así como para los españoles luego de la conquista, sin embargo sufrió una decadencia y perdió importancia durante la época republicana por la fundación de Ayacucho que significó su rápida decadencia, siendo, incluso, desplazado por Cangallo a tal punto que pasó a ser distrito de la misma, quedando postrada en el olvido en todos los mapas. Vilcashuamán había sido el centro administrativo de un imperio primero, y luego el testimonio melancólico de su desaparición y olvido. Gorriti (2008) recuperando la categoría de provincia recién en la década de los años de 1980, Gonzáles (2004), Landa y López (2007), Quichua (2016)

El conflicto armado interno en Perú, particularmente en Vilcashuamán, tuvo sus raíces en profundas desigualdades sociales, políticas y económicas que se prolongaron durante siglos. La provincia de Vilcashuamán, al igual que muchas otras regiones rurales de los Andes, estaba caracterizada por una estructura agraria profundamente desigual, donde la concentración de tierras en pocas manos y la pobreza extrema de la mayoría de la población campesina configuraban un caldo de cultivo ideal para la insurgencia. Durante mucho tiempo, el Estado peruano no estuvo muy presente en las zonas rurales. Esto hizo que algunas comunidades vivieran por su cuenta y no se beneficiaran del progreso. La vida de estas personas era difícil en muchos aspectos. No tenían acceso a buena educación ni a atención médica adecuada. Además, no tenían representantes que los apoyaran en la política y les faltaba acceso a recursos básicos. El Estado peruano mantuvo esta situación durante mucho tiempo, lo que afectó la vida cotidiana de estas comunidades en todas sus dimensiones, incluyendo la educación y la salud, la representación política y el acceso a recursos.

La llegada de Sendero Luminoso a la provincia de Vilcashuamán no ocurrió de manera repentina. Sendero Luminoso se desarrolló en un contexto de descontento y frustración. Degregori (2010) afirma que, a fines de los años de 1970 y principios de 1980, Sendero Luminoso encontró apoyo en las comunidades rurales del Perú. Estas comunidades se sintieron abandonadas por el Estado y explotadas por los terratenientes. Abimael Guzmán lideraba Sendero Luminoso. Presentó la ideología de Sendero Luminoso como una solución a la marginación que sufrían las comunidades. A través de su interpretación maoísta de la lucha armada, Sendero abogaba por una "guerra popular prolongada", la cual se centraba en destruir el Estado existente para crear un nuevo orden revolucionario basado en la justicia social.

El Sendero Luminoso tuvo un efecto muy grande en las comunidades. No solo les hizo daño con su violencia, sino que también cambió la forma en que la gente se relacionaba entre sí y su cultura en las zonas rurales. En Vilcashuamán, al principio, el grupo insurgente hizo actos de sabotaje y atacó espacios que representaban el poder del gobierno, como quemar los edificios de las municipalidades y matar a personas que había en el gobierno local. La Comisión de la Verdad y Reconciliación y otras investigaciones demostraron que el ataque más notable fue el de 1982.

Aunque las incursiones en torno a esta provincia iniciaron más temprano, así tenemos el ataque a la hacienda San Agustín de Ayzarca cuando en la madrugada del 24 de diciembre terminó con el asesinato del propietario Benigno Medina Zea quien había solicitado apoyo del Estado por el peligro

que corría su vida, apoyo que no llegó (Jara, 2017). Posterior a este hecho Sendero intensificó sus operaciones en todo el departamento de Ayacucho, el 9 de marzo de 1982 hostigaron a los policías en Quinua, el 18 de marzo asaltaron el puesto policial de canarias. El 26 de marzo Sendero intensificó la campaña de batir en la provincia de Vilcashuamán (Gorriti, 2008). El 30 de marzo Grimaldo Castillo funcionario de la oficina de correos fue linchado en Concepción distrito de Vilcashuamán. El 31 de marzo la guarnición policial de Vilcashuamán presintió un ataque inminente, aquella noche se movieron luces en los cerros, gritos y amenazas llegaron a la guarnición, respondieron con mediante disparos nerviosos de sus ametralladoras resultando un policía herido (Gorriti, 2008). El 7 de agosto se produjo la incursión a Umaru, tierra natal de Víctor Quispe Palomino como represalia por el desinterés de la población de apoyar a la causa del Partido (Yaranga, 2024)

En la madrugada del 22 de agosto de 1982, un destacamento senderista de entre sesenta y ochenta, efectivos liderados por Martín Quispe y sus hijos ingresaron al pueblo y tomaron posiciones de combate, rodeando la jefatura de línea policial, acantonada en el local del Concejo Provincial, en la plaza de armas, rompieron el fuego, y liquidaron casi de inmediato a dos centinelas apostados en los portales. El resto de la guarnición, despertada en medio de disparos, explosiones y gritos exigiendo rendición, contestaron con disparos. Siete sinchis y diez miembros del Sendero cayeron muertos. El teniente Pereyra y algunos sinchis lograron huir. El resto, cinco policías, se rindieron. Antes de las ocho de la mañana, Vilcashuamán había caído. La ocupación de Vilcashuamán fue corta. Dos tiendas fueron saqueadas y los víveres repartidos entre los pobladores. Hubo un mitin forzado en la plaza de armas, y después, incautan dos camiones, los senderistas se retiraron con sus prisioneros. Al bajarse, kilómetros después, liberaron a los guardias (Gorriti, 2008).

Posterior a este hecho. Otro de los casos más emblemáticos de esta violencia fue la masacre de Accomarca, ocurrida el 14 de agosto de 1985, donde 69 campesinos fueron asesinados brutalmente por el ejército en la operación contrainsurgente. Esta masacre fue una representación de la brutalidad de las acciones militares mostrando no solo la falta de control en los operativos militares, sino también la actitud deshumana hacia las comunidades campesinas. Esta masacre fue una evidencia clara de la ausencia de mecanismo de control interno dentro de las Fuerzas Armadas, lo que hizo que los abusos se convirtieran en una práctica común en estas zonas del país (CVR, 2003; Aroni 2015)

La forma en que Sendero Luminoso accionaba se basaba en usar la violencia de manera selectiva. Quería asustar a la gente para que apoyara lo que ellos creían. El partido comunista implementó tácticas como matar a líderes locales y cobrar impuestos. Esto hizo que la vida en las comunidades fuera muy difícil. La gente tenía que decidir si quería colaborar con el partido o resistir.

Sin embargo, la violencia de Sendero Luminoso fue solo una parte del sufrimiento que vivieron las comunidades de Vilcashuamán. La respuesta del Estado, lejos de proteger a la población civil, exacerbó la violencia. Durante los primeros años del conflicto, el gobierno de Fernando Belaúnde Terry (1980-1985) optó por un enfoque de mano dura, lo que implicó el despliegue de las Fuerzas Armadas en las zonas rurales bajo el pretexto de erradicar la subversión. Este enfoque, según Human (1992), hizo que el conflicto empeorara mucho. Muchas personas inocentes resultaron heridas. La Comisión de la Verdad y Reconciliación, en el año 2003, encontró casos de ejecuciones ilegales, desapariciones forzadas y torturas hechas por el Ejército y la Guardia Civil en Vilcashuamán. Las Fuerzas Armadas llevaron a cabo una política de "tierra arrasada". Esta política consistía en destruir las comunidades que se consideraban sospechosas de colaborar con los insurgentes. Esto no solo aumentó la violencia, sino que también dejó a millas de campesinos sin un lugar donde vivir y sin poder acceder a sus tierras.

El clima de represión hizo que las comunidades tuvieran que organizarse para defenderse. La gente creó las rondas campesinas, que también se llaman Comités de Autodefensa. Esto fue porque las comunidades querían protegerse de la violencia de Sendero Luminoso y de las Fuerzas Armadas. Las rondas campesinas no solo luchaban para sobrevivir, sino que también mostraron una forma diferente

de organizarse en la sociedad. Esto sucedió porque el Estado no estaba haciendo su trabajo en esas áreas. Como señala Fumerton (2002), las rondas campesinas fueron una forma de resistencia local que no solo permitió a las comunidades organizarse para la defensa, sino que también desempeñaron un papel clave en la recuperación del orden local. Sin embargo, el proceso de militarización de estas rondas, al ser absorbidas por la estrategia del Estado, transformó su función original, convirtiéndolas en actores que, si bien aún defendían a las comunidades, también comenzaron a estar bajo el control y la supervisión estatal.

La violencia en Vilcashuamán tuvo un efecto brutal. No solo lastimó a la gente sustancialmente, sino que también dañó su cultura. Cuando se detuvieron las prácticas religiosas y culturales, se destruyeron las escuelas y se perdieron muchos jóvenes, eso cambió para siempre el futuro de las comunidades del campo.

Cuando se cerraron las escuelas y mucha gente se tuvo que ir de allí, se rompió el lazo que unía a la comunidad. Vilcashuamán ya no es el mismo lugar que era antes de la violencia. La gente que quedó perdió mucho de su identidad y su forma de vida. La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR, 2003) documenta que, aunque muchos de los desplazados regresaron a sus comunidades tras el fin del conflicto, el proceso de reconstrucción fue largo y estuvo marcado por la falta de recursos, la desconfianza y el trauma colectivo.

En esta situación muy difícil, las comunidades sufrieron mucho. No solo perdieron a sus seres queridos y sus casas, sino que también perdieron su forma de ser y su cultura. La violencia de Sendero Luminoso y del Estado hizo que las comunidades dejaran de funcionar como antes y que cambiaran sus costumbres. Esto hizo que fuera difícil para las personas aprender y recordar sus tradiciones. Aun así, las comunidades del campo en Vilcashuamán han demostrado que pueden sobrevivir y seguir adelante después de todo lo que pasó. La reconstrucción de la memoria colectiva, la recuperación de las tradiciones y el fortalecimiento de las redes comunitarias fueron procesos clave para la supervivencia y la regeneración de las comunidades tras el conflicto.

La memoria histórica en Vilcashuamán es muy importante para las comunidades que sufrieron durante el conflicto. Recordar a los que murieron no solo es una forma de rendirles homenaje, sino también una manera de luchar contra la impunidad y el olvido. Para muchos, recordar significa no solo revivir el dolor sino también afirmar la dignidad perdida y reclamar la justicia, como sostiene Theidon (2004) la memoria no es solo recuerdo, es también reclamo: un acto de dignidad frente al olvido institucional. En Vilcashuamán, al igual que en otras zonas afectadas, la gente recuerda su historia a través de historias contadas de boca en boca, rituales que hace la comunidad y la construcción de monumentos y memoriales. Esto ayuda a que la gente no olvide lo que pasó. Como destaca la CVR (2003), la memoria histórica no es solo un proceso de rememoración, sino una forma activa de reivindicación de los derechos de las víctimas y de exigencia de justicia. La creación de espacios de memoria, como el Museo de la Memoria en Ayacucho, ha permitido que las víctimas y sus familias puedan reconstruir su historia y dar visibilidad a las injusticias cometidas.

REFLEXIÓN

El conflicto armado en Vilcashuamán, al igual que en muchas otras zonas rurales del Perú, demuestra cómo la violencia no solo puede arruinar vidas, sino que también puede cambiar mucho la forma en que las personas viven y se relacionan entre sí. La violencia causada por Sendero Luminoso y por el Estado tuvo efectos que se sintieron de inmediato, pero también dejó heridas muy profundas que todavía afectan a las personas que vivieron después. La historia de Vilcashuamán es una historia de marginación y abandono por parte del Estado. Esto permitió que la insurgencia y la represión crecieran sin control. Al estudiar este conflicto, vemos que la violencia no solo se debió a las ideologías de los grupos armados. También fue causada por la exclusión social que sufrieron las comunidades rurales.

A pesar de ser las más afectadas, estas comunidades tuvieron muy poca visibilidad en las relaciones oficiales. La insurgencia y la represión se desarrollaron en un contexto de pobreza y abandono. Las comunidades rurales de Vilcashuamán fueron las que más sufrieron, pero sus historias no fueron contadas.

La intervención del estado en el conflicto no fue suficiente ya menudo provocó más problemas. El gobierno de Fernando Belaúnde Terry y después el de Alan García, adoptaron una política dura. Mandaron militares a las zonas rurales. Esto hizo que la gente común sufriera más. La represión contra todos, sin distinguir, y la falta de cuidado por los derechos humanos, dejaron a las comunidades del campo en una situación muy difícil. La violencia del Estado, como lo documentó la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR, 2003), no solo resultó en la muerte de miles de civiles, sino que también provocó la pérdida de confianza en las instituciones democráticas. La falta de justicia y de responsabilidad por parte del Estado ha dejado una herida abierta que aún no ha sido sanada. La memoria de lo que pasó es muy importante para las comunidades. Han recordado estos hechos a través de historias que se han contado de boca en boca y conmemoraciones. Esto es fundamental para pedir la justicia que les corresponde.

Además, la violencia no sólo fue física, también fue simbólica. La represión cultural y la imposición de una moral militar en las comunidades afectan la identidad colectiva de las comunidades. En muchos casos, las comunidades se vieron obligadas a abandonar sus formas de vida tradicionales ya adaptarse a nuevas estructuras impuestas por las dinámicas del conflicto. La destrucción de los rituales, la interrupción de la educación y la pérdida de generaciones enteras de jóvenes alteraron profundamente la capacidad de las comunidades para transmitir su cultura y sus saberes ancestrales. Según Fumerton, (2002) la violencia provocó muchos problemas en las comunidades. Esto hizo que perdieran a sus líderes y fuera difícil volver a la normalidad cuando terminó el conflicto. La vida en comunidad se vio afectada porque ya no tenían a esas personas que los guiaban. Fumerton afirma que esto sucedió porque la violencia destruyó la estructura social de estas comunidades.

A pesar de estas dificultades, la respuesta de las comunidades fue notablemente resiliente. Las rondas campesinas, aunque inicialmente una medida de autodefensa ante la violencia, también se convirtieron en actores clave en la reconstrucción social. La capacidad de las comunidades para organizarse y resistir fue un factor fundamental que les permitió no solo sobrevivir, sino también reconstruir las redes de apoyo social y las estructuras comunitarias que habían sido desmanteladas. Degregori (2010) señala que cuando las rondas se militarizaron y pasaron a formar parte del Estado, cambiaron su objetivo inicial. Dejaron de ser capaces de generar cambios sociales por sí mismos. Esto muestra un problema en la forma en que respondió el Estado. Por un lado, utilizamos las rondas para controlar a las comunidades. Por otro lado, no valoró las formas tradicionales que las comunidades ya habían creado para organizarse y defenderse.

La memoria histórica es una herramienta muy importante para la reconstrucción social. Un ejemplo de esto es el trabajo que hizo la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el año 2003. En Vilcashuamán, recordar el pasado no es solo pensar en cosas que ya pasaron, sino que también es una forma de resistir. Las personas que sufrieron durante el conflicto y sus familias han seguido recordando a través de historias contadas de boca en boca, sitios emblemáticos que conmemoran lo que sucedió y rituales para honrar a los que murieron. La creación de estos espacios de memoria no solo sirve para recordar a los muertos, sino para reafirmar la dignidad de las víctimas y exigir la justicia que se les ha negado. Como señala Sorribas (2007), la memoria es un acto político que permite a las comunidades recuperar su voz y su agencia frente a un pasado que ha sido marcado por el sufrimiento. La memoria colectiva en Vilcashuamán es un recordatorio constante de que la justicia y la reparación son imprescindibles para cualquier proceso de reconciliación.

Sin embargo, la reconciliación en Vilcashuamán sigue siendo bastante lejano. La falta de políticas públicas eficaces para reparar las pérdidas materiales, sociales y simbólicas sigue siendo uno de los mayores obstáculos para lograr una paz duradera. La reparación debe ser integral, no solo económica, sino también cultural y emocional. La reparación simbólica, a través del reconocimiento de las víctimas y la restauración de la memoria, debe ir acompañada de un material de reparación que asegure el acceso a los derechos básicos y la justicia para las comunidades afectadas. De lo contrario, la reconciliación será superficial y no se podrá superar el legado de violencia que aún persiste.

CONCLUSIONES

El análisis del Conflicto armado en Vilcashuamán revela la compleja interacción entre desigualdades estructurales y profundas, débil presencia institucional y las tácticas insurgentes que se combinaron para desencadenar una crisis sociopolítica de grandes magnitudes.

Las razones por las que hubo un conflicto en esa región no se deben solo a la ideología radical del Sendero Luminoso. Hay que entenderlo también por cómo estaba organizada y distribuida las tierras agrícolas, lo que creó mucha desigualdad, y porque el Estado no actuaba correctamente en ayudar a la población que vivía en el campo. La violencia insurgente y estatal en Vilcashuamán tuvo un impacto devastador, que no solo afectó las vidas humanas, sino que también destruyó las redes sociales, económicas y culturales de la comunidad.

La respuesta del Estado no fue la adecuada. El Estado no entendió las causas profundas del conflicto. En lugar de solucionar las desigualdades y problemas sociales que hicieron que surgiera la insurgencia, el Estado optó por una estrategia dura que aumentó el sufrimiento de la población civil.

La política de “pacificación” del gobierno no funcionó. Además, esta política hizo que las comunidades rurales fueran vistas como menos humanas. A estas comunidades se les trata como enemigos del Estado, sin importar si estaban o no con los insurgentes. Esto generó un ambiente de desconfianza y polarización que perdura hasta hoy.

Por otro lado, las comunidades de Vilcashuamán demostraron una extraordinaria resiliencia frente a la violencia. La creación de las rondas campesinas y su posterior absorción por el aparato estatal es una de las manifestaciones más claras de cómo las comunidades se organizan para sobrevivir y defenderse. Sin embargo, esta militarización también impone límites a la autonomía de las comunidades y reduce su capacidad de actuar como agentes de cambio independientes. La falta de reconocimiento de las formas tradicionales de organización y la dependencia de las políticas estatales han dificultado el proceso de reconstrucción social y la sanación de las heridas del conflicto.

La memoria histórica es muy importante para las comunidades que han sufrido. El trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el año 2003 y los proyectos de memoria en Vilcashuamán han ayudado a que las víctimas sean reconocidas como personas con derechos. La memoria no solo se trata de recordar lo malo que pasó, sino también de pedir justicia y luchar por el reconocimiento de las víctimas como ciudadanos con todos los derechos. La reparación tiene que ser más que solo un gesto. También debe tener un impacto real. Las comunidades que han sufrido debido al conflicto necesitan que se implementen políticas públicas que solucionen las desigualdades profundas y que les den acceso a cosas básicas como la salud, la educación y la justicia. Las comunidades afectadas por el conflicto necesitan que se les garanticen estos derechos básicos.

En última instancia, la reconciliación en Vilcashuamán no será posible sin un reconocimiento pleno de las víctimas, una reparación integral que incluya tanto el material de compensación como la restauración simbólica, y un compromiso por parte del Estado para asegurar que la violencia no vuelva a ser una herramienta de resolución de conflictos. Solo a través de la justicia transicional, que combine

la verdad, la reparación y la garantía de no repetición, será posible avanzar hacia una verdadera paz y reconciliación en la región.

REFERENCIAS

- Aroni, R. (2015). Coreografía de una matanza: memoria y performance de la masacre de Accomarca en el carnaval ayacuchano en Lima, Perú. *Anthropologica*.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). (2003). Informe Final: El conflicto armado interno 1980-2000. Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación.
- Defensoría del Pueblo (2015). *Testimonios de las víctimas en el proceso de memoria y reparación*. Lima: Defensoría del Pueblo.
- Degregori, C. I. (2010). El surgimiento de Sendero Luminoso. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Tercera Edición.
- Degregori, C. I. (2010) Qué difícil es ser Dios: El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999 . Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Fumerton, R. (2002). El conflicto armado en Ayacucho: Análisis histórico y social. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gonzáles, E. (2004). Los señoríos Chancas: Historia y Leyendas. BIRA 31. Lima 67-84
- Gorriti, G. (2008) Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú. Lima: Planeta.
- Human Rights Watch. (1992). Peru: The military's abuse of human rights. Washington, D.C.: Human Rights Watch.
- Jara, U. (2017). Abimael: El sendero del Terror. Lima: Planeta.
- Landa, L. y López, J. (2007). Vilcashuamán hoy: legado y presente. Programa Qhapaq Ñan. INC
- Quichua, D. (2016) Vilcas Huamán Población y economía (XVI-XVII). Revista del Archivo General de la Nación N°31
- Sánchez, M (2015). Interpretaciones de la violencia en una comunidad rural de Ayacucho – Perú (1980-2000): la memoria como mecanismo de reelaboración del pasado. *Araucaria*.
- Sorribas, C. M. (2007). La memoria como herramienta de justicia y reivindicación en contextos postconflicto. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Theidon, K. (2004). *Entre prójimos: El conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Yaranga, P. (2024). Gritos desde el silencio: PCP-SL en el VRAEM (1983-2020). Lima. Universidad César Vallejo.

Todo el contenido de LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades, publicados en este sitio está disponibles bajo Licencia [Creative Commons](#) .